

LA QUÍMICA ES PARA LAS MUJERES

Delfina Molina y Vedia, pionera en la
Facultad de Ciencias Exactas y Naturales



Beatriz Baña - Carlos Borches





Beatriz Baña es licenciada en Ciencias Químicas (FCEN, UBA, 1973) y magíster en Ciencia, Tecnología y Sociedad (UNQ, 2004). Trabajó como docente auxiliar en el Departamento de Química Inorgánica, Analítica y Química Física (1973-1977) de FCEN, UBA, y como profesora adscripta en la Facultad de Ciencias Agrarias, UADE (1977-1978). Desde 1974 fue investigadora en el Instituto de Investigaciones Científicas y Técnicas para la Defensa. Actualmente es miembro del Programa de Historia de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la UBA.



Carlos Borches es miembro del Programa de Historia de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales (UBA) y director de su órgano de difusión, *La Ménsula*. En los últimos años publicó como coautor: *Sadosky por Sadosky* (Mincyt, 2013), *Manuel Sadosky, el sabio de la tribu* (El Zorzal, 2014), *Historia de la FCEN* (Eudeba, 2015) y *150 años de Ciencias Exactas* (Eudeba, 2016). Fue subsecretario de Prensa de la Facultad y director de varias publicaciones (*Cable*, *Microsemanario*, *Educyt*). Actualmente es docente del Departamento de Matemática (CBC, UBA) donde es editor de la revista *Q.e.d.*

INTRODUCCIÓN

Es imposible pensar el presente o el futuro de las ciencias en la Argentina sin la presencia de la mujer en un pie de igualdad con el hombre. Ya nadie se asombra de que sean mujeres quienes dirigen tesis doctorales, ganan premios y ocupan cargos de conducción en diversas instituciones científicas.

Podrán exhibirse indicadores que muestran aún espacios poco permeables al protagonismo femenino, pero puesto en perspectiva histórica, queda en evidencia un proceso irrefrenable que nos permitirá exclamar, como los reformistas de 1918: “una vergüenza menos, una libertad más”.

Este proceso en el campo de las ciencias en la Argentina reconoce una bisagra en el tiempo, un momento singular cuando una mujer cruzó por primera vez el umbral de la puerta de entrada rumbo al patio de la Manzana de las Luces para comenzar a cursar una carrera científica. Concurrieron en ese episodio varios elementos necesarios: un criterio amplio de parte de un grupo de profesores universitarios; una familia que, a diferencia de muchas de su tiempo y clase social, entendía que las labores intelectuales no estaban reservadas a los hombres y; por último, la personalidad de una mujer, Delfina Molina y Vedia, capaz de superar algunas de sus propias contradicciones y de abrir un sendero por el cual pronto se sumarían otras mujeres.

Justamente, esta concurrencia de elementos convierte a la vida de nuestra protagonista en una ventana por donde espiar a una sociedad alborotada por el empuje de varias mujeres. Tal como dice la propia

Delfina Molina: “si creyera que estas memorias mías no ensamblan de algún modo en las de mis compatriotas (...) no las escribiría hoy”.¹



Delfina M. y Vedia de Bastianini

Fotografía de Delfina Molina y Vedia de Bastianini que encabeza su libro de memorias, *A re#ro tiempo*, publicado en 1942.

Creemos que es oportuno recuperar esta historia de vida, cruzar su experiencia con otras similares y subsanar un injustificado olvido.

1. En 1942 Delfina Molina y Vedia publicó sus memorias en el libro *A re#ro tiempo* (Molina y Vedia de Bastianini, 1942), de donde provienen la mayoría de las transcripciones textuales de este libro (excepto en aquellos casos en que se indique otra fuente).

En tiempos donde se multiplican los estudios de género, en particular aquellos relacionados con las mujeres en la educación superior, la historia de la primera química argentina ha pasado inadvertida. No son pocos los excelentes trabajos de investigación que sitúan a la primera estudiante de la Facultad de Ciencias Exactas Físicas y Naturales a mediados de la década de 1910, cuando en 1906 Delfina ya completaba su carrera de Química.

Curiosamente, el mismo año en que la protagonista de nuestra historia daba sus últimos exámenes, el diseñador francés Paul Poiret liberaba a las mujeres del uso del *corset*, que exigía la moda de la época. El abandono de las prácticas que obligaban al cuerpo femenino a adaptarse a una forma rígida asfixiante, era acompañado por un ablandamiento de las normas no escritas que "encorsetaban" a las mujeres, limitando su acceso al espacio público.

Pero esta distensión no era suficiente. Innumerables trabajos estaban asociados a roles masculinos y las graduadas universitarias se encontraban con barreras infranqueables en el espacio laboral. A pesar de que una voz distinguida le había sugerido a Delfina que la Química era la carrera más adecuada para una joven, faltaba andar más camino para que la mujer pudiera ingresar al laboratorio de una empresa privada o sumarse a la cátedra universitaria.² Así, tanto por limitaciones externas como, posiblemente, por propia vocación, Delfina se orientó a la enseñanza secundaria, donde encontró su espacio.

Su pasión por las letras la llevó no solo a colaborar con notas en diferentes medios y a publicar varios libros, sino a crear una sociedad de estudios lingüísticos, desde la que se enfrentó a la corriente hispanista predominante en los medios universitarios.

2. "Entre las muchas contrariedades sufridas en mi vida debo declarar que, siendo médica diplomada, intenté inútilmente ingresar al profesorado de la Facultad en la sección en que la enseñanza se hace solo para mujeres. No era posible que a la primera mujer que tuvo la audacia de obtener en nuestro país el título de médica cirujana se le ofreciera la oportunidad de ser jefe de sala, directora de algún hospital, o se le diera un puesto de médica escolar o se le permitiera ser profesora de la universidad. (...) Espero sin embargo que pronto alguna colega reivindique un puesto para las mujeres médicas en la Argentina." (Cecilia Grierson citada por Alfredo Kohn Loncarica, 1976).

El olvido de Delfina Molina y Vedia como la primera mujer que cursó una carrera científica en nuestro país, que puede ser metodológicamente explicable, tiene como agravante que su nombre aparece de tanto en tanto en literatura de diverso tipo, no por su tarea pionera, sino por una relación sentimental que la élite porteña no perdonó.

Incapaz de integrarse a las redes de mujeres que crecían y se fortalecían en las primeras décadas del siglo XX, su protagonismo se fue desdibujando con el tiempo.

A principios del siglo XXI, cuando algunos integrantes del Programa de Historia de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales realizaron una serie de entrevistas a un grupo singular de graduadas en Química, el nombre de Delfina reapareció. El eco de su historia aún sonaba en la memoria de aquellas químicas que habían cursado la carrera durante la década de 1920. Lo que sigue no es otra cosa que la tarea minuciosa de reconstruir esa historia y escudriñar los caminos que ella abrió para las mujeres que la siguieron en el estudio de las ciencias.



**-¿Qué tal resulta la mujer en el estudio de la química?
-¡Inmejorable! Es algo especialmente creado para ella.**

Respuesta del profesor Enrique Herrero Ducloux, primer doctor en Química de la UBA, a un periodista de *Caras y Caretas* promediando el año 1925.

Para entonces, ya eran muchas las mujeres que estudiaban en la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales alentadas por las propias autoridades. El proceso se había iniciado a principios de siglo, cuando otro profesor de química, Atanasio Quiroga, convenció a una joven, Delfina Molina y Vedia, de que "la mejor carrera para una mujer era la de química". La historia de esta pionera permite explorar algunos aspectos de la situación social de la mujer a comienzos del siglo XX. Su paso por la Facultad nos lleva a asomarnos a los viejos claustros donde eran muy pocas las que compartían los estudios con una abrumadora mayoría masculina y, también, a acercarnos a algunos de los profesores más destacados de la época. Las escasas posibilidades de trabajo en la disciplina, el deseo de independencia y su vocación docente la encaminaron luego hacia la enseñanza en el nivel medio, sin dejar de lado variados intereses en las artes y las letras. Estas múltiples actividades generaron problemas con un marido algo conservador, lo que se vio agravado por una compleja relación de 30 años con una destacada figura de la época: el escritor español Miguel de Unamuno. Desde aquel día en el que una mujer atravesó por primera vez el patio de la Facultad para emprender sus estudios, la creciente oferta de carreras científicas atrajo a numerosas alumnas, que hacen actualmente de la presencia femenina algo habitual en ella.



Editorial
universitaria
de Buenos
Aires

